PQ6525
A4

CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A. S. M.

la Reina Doña Isabel Segunda.

SEÑORA:

Al tratar de hacer la publicacion del segundo volúmen de mis ensayos poéticos, consideré como un deber ofrecerlo á los Reales Piés de V. M., puesto que muchas de las composiciones contenidas en él habian sido dedicadas á ensalzar rasgos generosos del magnánimo corazon de V. M. ó fáustos sucesos de su reinado.

V. M. se dignó acoger benignamente aquel pobre tributo de mi profundo respeto, permitiéndome autorizar este libro con su augusto nombre, y yo la suplico humildemente me dispense con tan señalada honra, la de aceptar benévola la sincera espresion de mi eterna gratitud.

Señora:

A. L. R. P. de V. M.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

010384

PREFACIO DE LA AUTORA.

La estremada benevolencia con que fueron juzgados mis primeros ensayos poéticos por el respetable crítico que encabezó con las líneas que siguen á estas el pequeño volúmen en que se publicáron hace nueve años, así como la lisongera aceptacion que tuvieron del público y los elogios generosos que les tributó la prensa, me imponian la obligacion de mostrarme agradecida, trabajando por pulir aquellas incorrectas producciones de la irreflexiva juventud, y presentarlas menos defectuosas en la segunda edicion de ellas y primera de las otras composiciones sueltas que han salido de mi pluma despues del año de 1841, en cuyos últimos dias se publicáron aquellas.

Penetrada de esta verdad, he procurado que la coleccion completa que se dá á luz, honrada con el escelso nombre de la Augusta Señora que se ha dignado acogerla bajo sus auspicios, correspondiese en lo posible á tan honorífica distincion y á lo que de mi agradecimiento exijian las antedichas bondades, que tan activo estímulo prestaron á mi talento y tan anticipado galardon dieron á mis desvelos.

Suprimidas, por lo tanto, algunas estrofas que no me parecieron dignas de pulimento, refundidas muchas y corregidas todas, vuelvo á presentar al público mis primeros ensayos líricos, aumentados con mayor número de producciones del mismo género, escritas posteriormente á la publicacion del primer volúmen, y he cuidado ademas de enmendar las erratas de fecha que noté en aquel, colocando las composiciones segun el órden de antigüedad, único que á mi parecer debe observarse en esta clase de obras, cuyo mayor agrado, que es la variedad, suele perderse en la succesion contínua de varias composiciones de una misma índole. Dejo, pues, alternando unas con otras, las composiciones religiosas y las profanas, las elegias y las odas, las silvas graves y las estrofas ligeras. Sin atender mas que á las fechas, publico estas POESIAS con la gradacion natural de desarrollo ó detrimento que ha debido tener mi imaginacion desde el año de 36, en que comencé á conservar escritos mis desaliñados versos, hasta fines del de 50, en que rompo para siempre las cuerdas de la lira, que no vibra agradablemente sino en manos de la juventud, al soplo poderoso de las pasiones ardientes. Con treinta y cuatro años, y un corazon cansado

por la desventura, me siento incapaz de proseguir la carrera de poeta lírico, y si no abandono completamente el comercio de las musas, solo les pediré en lo sucesivo las graves inspiraciones dramáticas, que ya me han procurado mas de una vez nuevas y brillantes señales de las simpatias del público.

Reciba éste mi libro como leve tributo de mi agradecimiento, y habré terminado con satisfaccion, si no con gloria, el agitado periodo de mi existencia poética, guardando para los dias de la vejez, si debo llegar á ella, el grato recuerdo de bondades tan alhagüeñas que deben servir de estimulo á otros ingenios mas capaces que el mio de justificarlas por completo.

PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCMO. SEÑOR D. J. N. GALLEGO

EN EL TOMO PRIMERO DE ESTAS POESIAS, CUANDO SE HIZO SU PRIMERA IMPRESION.

Si para hacer versos son menester reposo y tranquilidad de espíritu, segun el dicho de Ovidio Nason, elevado á máxima por el asenso y conformidad de diez y nueve siglos, es preciso convenir en que los españoles tenemos el asombroso privilegio de desmentir aquel axioma, haciendo perder á las Musas el miedo al estruendo y horrores de la guerra civil y á las no menos ruidosas escenas de los disturbios políticos, que nos afligen hace no pocos años. Sin contar con los muchos poetas de reconocido mérito, de que se gloría Madrid, apenas pasa un mes sin que las prensas periódicas nos ofrezcan nuevas composiciones, y nombres nuevos, que aumentan el crecido catálogo de los alumnos de las Musas, no siendo menor proporcionalmente el número de los que lucen su talento poético en las capitales de nuestras provincias. No es, pues, estraño que una aficion, de suyo contagiosa y halagüe-

ña, se haya comunicado al bello sexo, llegando ya por lo menos á seis las damas españolas que sabemos cultivan la lengua de los dioses. Verdad es que algunas, por timidez y desconfianza, se contentan con leer sus composiciones en la reducida sociedad de sus amigos, ó cuando mas en el benévolo y urbano salon del Licéo, donde están seguras de encontrar oyentes que las animen y aplaudan, y no censores que las critiquen. Pero no hace mucho que presentó al público un tomo de poesias, no escasas de mérito, una señora barcelonesa, y nos han asegurado que dentro de algunos meses saldrán á luz las de otra estremeña. Si á estas se añaden las que contiene el presente volúmen, fruto del gran talento y ardiente aficion de *la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda*, de quien ya el público ha visto muestras repetidas, podemos blasonar de poseer mayor número de poetisas en este siglo que cuenta el Parnaso español en el largo periodo trascurrido desde Juan de Mena hasta nuestros dias. Paisana y contemporánea de Garcilaso fué la célebre *Luisa Sigéa*, de universal nombradía en aquellos tiempos, y en los nuestros enteramente olvidada, que escribió varios poemas latinos, y mantuvo correspondencia literaria hasta con algunos papas de su época. Mas no tuvo, ni era fácil que tuviese imitadoras: pasar la vida en áridos y largos estudios no es ni puede ser el destino de una muger, y menos en un tiempo en que la poesia y la lengua vulgar, antes menospreciadas por cuantos aspiraban al título de sábios, iban elevándose á la altura á que llegaron muy pronto por los esfuerzos de los escritores de aquel mismo siglo. *Luisa Sigéa* apareció como un fenómeno mas digno de admiracion que de ser imitado, y el idioma latino, circunscrito desde entonces al santuario de las ciencias, se consideró por la opinion general como impropio del bello sexo, y aun como funesto y de mal agüero para las que tuviesen la estravagancia de dedicarse á su estudio, segun lo comprueba un refran castellano, que mas de una vez oimos en nuestras niñeces. (1)

(1) Dos cosas tienen mal fin:
El niño que bebe vino,
Y muger que habla latin.

La publicacion de un tomo de poesias, aun en lengua vulgar, escritas por una muger, no es cosa muy frecuente en ningun pais: en el nuestro es rarísima. De algunas hacen mencion los escritores del siglo XVII, y en especial Lope de Vega en su Laurel de Apolo, donde hacinó, como en un almacen, muy cerca de trescientos poetas castellanos, y entre estos una docena de poetisas. Pero no habiendo llegado hasta nosotros las obras de ninguna de ellas, es de presumir que sus versos fueron pocos en número y mero pasatiempo de sociedad. Tal vez nuestros diligentes bibliógrafos habrán conseguido desenterrar algunas de sus composiciones: nosotros no recordamos haber visto sino tal cual fragmento en otros libros. Así puede asegurarse que las primeras obras poéticas, que por su variedad, estension y crédito, merecen el título de tales, son las de *Sor Juana Inés de la Cruz*, monja de Méjico, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetáneos el nombre de la *Decima Musa*, y contando entre sus panegiristas al erudito Feijóo. Y ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, bastasen á justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos la poetisa mejicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempos los mas infelices de la literatura española, y sus versos, atestados de las estravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el mas alto aprecio, yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauracion del buen gusto. Más de otro siglo trascurrió sin que se volviese á oir en boca femenina el acento de las Musas castellanas, hasta que en nuestros dias publicó *doña Rosa Galvez* un tomo de versos de tal mediania, que en solos treinta años han desaparecido de la memoria de las gentes los versos y su autora.

Nadie puede negar á las mugeres españolas talento claro, viveza de ingenio, imaginacion fecunda y fogosa, sensibilidad esquisita. ¿En qué, pues, consiste que con tales dotes haya sido tan escaso el número de nuestras poetisas? Desacreditada ya muchos años hace la opinion absurda de que toda clase de ilustracion era perniciosa á las mugeres, opinion que tan autorizada estuvo en la primera mitad del último siglo, y

siendo tan general en el bello sexo la aficion á las lecturas amenas, la asistencia al teatro, al estudio de los idiomas italiano y frances, y el de la música y el dibujo, especialmente en la córte y en las primeras capitales de provincia, ¿cómo es que hay tan pocas que despunten por componer versos, y menos que se atrevan á publicarlos? No es difícil descubrir las causas, que en nuestra opinion no son otras que el temor *del ridículo*, y ciertas preocupaciones de que vemos poseidas á muchas personas que se ofenderian de que se las llamase vulgo. A lo primero han contribuido muy principalmente los poetas satíricos de todas las épocas, los cuales, por lisongear el orgullo varonil, se han extremado en ridiculizar en las mugeres la aficion á las letras. Algunas de nuestras comedias antiguas, la de *Las Mugeres sábias* de Moliere, la del *Café* de Moratin, y la *Proclama del solteron* de Vargas Ponce, bastan y sobran para intimidar á las mas audaces, y el apodo de doctoras y marisabidillas les pone espanto. Por otra parte, es sobrado comun la creencia de que el talento de hacer versos está siempre asociado á un carácter raro y estrambótico, que la vena de poeta y la de loco son confines, y que la muger dada á tales estudios es incapaz de atender á los cuidados domésticos, á los deberes de la maternidad y á las labores del bastidor y de la almohadilla. Este concepto es tan general, que muchos de aquellos mismos que ensalzan hasta las nubes las obras literarias de una muger, y encarecen su instruccion y talento, son los primeros que por esta sola circunstancia la rehusarian por esposa. Mucho nos engañamos si tal creencia no es injusta y hasta irracional en alto grado, pues no comprendemos por qué hayan de considerarse en una señorita como habilidades que realzan su valor la música y el dibujo, y como demérito la aficion á la poesía. Sin poner en duda que el cumplimiento de los deberes domésticos y conyugales es la primera y esencial ocupacion de una muger casada, no se concibe que en los ratos ociosos degrade mas su carácter, ni rebaje su mérito componer una letrilla que tocar un wals en el piano, pintar una flor ó dibujar una cabeza.

Para sobreponerse á tan absurda como general preocupacion, y dedicarse con empeño y constancia al cultivo de la

poesía, es preciso reunir á una aficion, que raye en entusiasmo, una firme voluntad y fuerza de carácter que no se dejen acobardar por vulgares prevenciones. Tales son las dotes con que, junto con un gran talento, plugo al cielo enriquecer á *doña Gertrudis Gomez de Avellaneda*. Hiriendo vivamente su imaginacion la gloria de los grandes poetas, halagando la delicadeza de su oido la armonía de los buenos versos, y enardeciendo su mente los hechos heróicos, y todos los sentimientos de las almas nobles y generosas, fué para ella desde sus primeros años el estudio una pasion, y el cultivo de la poesia un deber imperioso, ó mas bien una necesidad irresistible. Las calidades que mas caracterizan sus composiciones son la gravedad y elevacion de los pensamientos, la abundancia y propiedad de las imágenes, y una versificacion siempre igual, armoniosa y robusta. Todo en sus cántos es nervioso y varonil: así cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo. No brillan tanto en ellos los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenil, y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que alumbró su cuna. Sin embargo, sabe ser afectuosa cuando quiere, como en el soneto de *A Cuba*, que puede competir con los mejores de nuestro Parnaso; en las composiciones *á su madre*, *á un niño dormido*, y en *su plegaria á la Vírgen*. Quien despues de haber leido las estrofas *á la Poesia*, *á la Juventud*, *á la Esperanza*, y las magníficas octavas *al Génio*, recorra los graciosos juguetes de *la Mariposa* y *del Gilguero*; el que admirado del profundo y filosófico pensamiento que domina en la composicion *A Francia*, contemple la dulce y poética entonacion de las quintillas *A Él*, ó bien el donaire y soltura inimitable de *El paseo por el Bétis*, no podrá dejar de sorprenderse de la flexibilidad de su talento. No causa menos asombro la maestría con que ha sabido interpretar en verso castellano las inspiraciones de *Lamartine*, y singularmente la que tiene por título *Napoleon*. Pruebe por gusto á traducirla el poeta mas egercitado en tan difícil tarea, y verá si sale de la empresa tan airoso csmo la poetisa cubana. Tambien ha querido divertirse en traducir algunas composiciones de *Victor*

Hugo, y entre ellas la intitulada *Los Duendes*, asunto ridículo y pueril en su fondo, y á fé que sentimos verle ocupar algunas páginas en en este precioso volúmen. Cabalmente los versos de la traductora no son tan fluidos y esmerados como sus compañeros, pudiendo creerse que la rectitud de su juicio ponia obstáculos á la facilidad de su númen, resistiéndose á complacerla en semejante capricho.

Otras composiciones hay como *La Felicidad*, *Al Mar*, *A la Luna*, *El Cementerio*, *La Contemplacion*, en las cuales, al lado de las ideas nóbles y de la elevacion de espíritu que distinguen á nuestra poetisa, se notan ciertos suspiros de desaliento, desengaño y saciedad de la vida, que harán creer al lector (como nosotros lo creimos al ver algunas muestras en un periódico de Cádiz) que son fruto de la edad madura, de esperanzas frustradas, de ilusiones desvanecidas por una larga y costosa esperiencia. ¡Cuál fué, pues, nuestro asombro cuando nos encontramos con una señorita de veinte y cinco años, en estremo agraciada, viva y llena de atractivos! Entonces no nos fué posible dejar de sonreirnos, y de reconocer y admirar la fuerza del egemplo, por mas que la sana razon lo califique de estravagante y absurdo. Tal es la mania de la época: jóvenes robustos y de pocos años se lamentan del ningun aliciente que les ofrece este valle de lágrimas. Para ellos es ya la vida una carga insoportable; la beldad no les inspira sino desvio, repugnancia ó ráptos frenéticos de pasion cuyo término es el ataud. Para ellos el estudio no tiene halago, el campo amenidad, el cielo alegria, la sociedad placeres. El mundo no puede comprenderlos: todo en él les es violento, estraño, como á peces fuera del agua, ó como á individuos de otro planeta caidos de pronto en este suelo mortífero y peregrino. Posible es que la señorita de Avellaneda tenga fundadas razones para estar disgustada hasta el punto de pintarse consumida de tédio, (tal es el asunto de uno de sus mas bien torneados sonetos,) cuando su condicion social, sus pocos años, y sus dotes personales, debieran lisongearla infinito; pero es harto mas probable que esté algun tanto contagiada de la mania del siglo, y sea mas facticio que real el desaliento que nos pinta en algunas de sus composiciones. Acaso tendrán en

esto no pequeña influencia las horas desusadas que dedica á su estudio, y suelen ser desde la una á las cuatro de la mañana. ¿Cómo es posible que la solemne soledad y el profundo silencio de la alta noche, dejen de inspirarle ideas lúgubres é imágenes nada risueñas?

Dando ya fin á este ligero repaso, quiza demasiado largo para un prólogo, mencionaremos la composicion *á La Muerte de Heredia*, una de las mas perfectas del cuaderno, y en la cual resplandecen rasgos sublimes de sentimiento, de conformidad filosófica y de amor á la poesia, espresados en hermosísimos versos, desnudos de bambolla y afectadas exageraciones. Sin duda los cántos del *Cisne del Niágara* avivaron en su alma juvenil la chispa eléctrica de un talento que puede consolar á Cuba de la pérdida de su váte malogrado; pues no redunda escasa gloria á la *Perla de las Antillas* de contar entre sus hijos á *la Señorita de Avellaneda*, á quien nadie, sin hacerle agravio, puede negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, asi en este como en los pasados siglos.

JUAN NICASIO GALLEGO.

Madrid, Noviembre de 1841.